

Revista de Ciencias Sociales

Vol. XV

Diciembre, 1971

Núm. 4

UNA PERSPECTIVA ANTROPOLOGICA DE LA CORDURA HUMANA

Por EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ*

"We have split the atom... we have in a sense become masters of the elements, while at the same time we have been unable to master ourselves... our major failure is the ordering of human affairs." Adlai Stevenson in *Evolution after Darwin*, Chicago University Press, 1960, vol. III, p. 59.

Es verdaderamente sorprendente el comprobar cuán poco ha podido el hombre aclarar su conocimiento de su propia naturaleza. Sin embargo, ciencias como la antropología o la psiquiatría no pueden con propiedad ejercitar su función educativa y reguladora de la conducta humana, a menos que cuenten con un conocimiento preciso de los motivos conscientes o instintivos de esa naturaleza.

Estudiar la naturaleza humana, supone explorar las bases bio-psicológicas del comportamiento de nuestra especie. Pero como ha dicho acertadamente el antropólogo físico inglés Sir Arthur Keith, en su excelente librito *Evolution and Ethics*, la naturaleza humana es el producto de la evolución de la especie y sólo a través del tiempo ha cobrado el hombre conciencia de su propia condición bio-psicológica y cultural.

* Catedrático de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico.

Es mi intención en este trabajo sugerir —como ha hecho Tylor— que la “civilización” no podrá ser comprendida a cabalidad, salvo si se la estudia en toda la plenitud de su historia y evolución; pues el pasado es constantemente relevante cuando estudiamos el presente y la visión total es necesaria para explicar la parte.”

Tomaré como un hecho científico establecido la validez de la teoría de la evolución. También insistiré en la naturaleza especial del hombre, en su destino superorgánico y post-totémico: universal, *kathólicos*.

El hombre, por contradistinción con todos los restantes animales, tiene un ánima espiritual y el hombre *qua homo*, tiene que someter los impulsos de su ánima al imperativo de la acción espiritual que lo eleva a nuevos niveles de conciencia de su propia condición humana. Si queremos ver las cosas en su verdadera perspectiva, necesitamos comprender el pasado del hombre así como su presente.

Los impulsos bio-psicológicos de nuestra naturaleza original —las constantes de su naturaleza—, que el hombre en cuanto *hombre* deberá someter al imperio de su conciencia civilizada son: *hambre, sexo, poder y vanidad*. Es contraria a la moral civilizada, la naturaleza egocéntrica o etnocéntrica de los impulsos bio-psicológicos con que nacemos. Así ocurre con el hambre, el sexo, el poder y la vanidad, impulso este último, ligado al poder y a la gloria, ligado en fin al afán de primacía de nuestro ego o nuestro ethnos.

Sobre *El Hambre* como impulso primario de nuestra naturaleza recomiendo se vea, puesto que no tenemos tiempo para extendernos sobre el tema, el estudio de René Masseyeff de ese título, publicado por la Editorial Universitaria de Buenos Aires; sobre el sexo, como impulso fundamental de nuestra naturaleza en lo normal o lo patológico, pocos libros son más profundos y reveladores que el del Dr. Richard von Kraft-Ebing, *Psychopathia sexualis*; sobre el poder y la voluntad de poder los estudios del naturalista Konrad Lorentz, y aunque en algunos puntos superficial es siempre útil el ensayo de Lord Bertrand Russell: *El poder en los hombres y en los pueblos*, donde analiza las diversas formas sociales del poder; y por último, sobre la vanidad o la gloria —aunque podría hacerse entre ellas una justificada distinción moral— no encuentro otro estudio mejor que la *Eudemología* del filósofo alemán Arturo Schopenhauer.

La vanidad o la gloria, el deseo de vernos admirados y reconocidos por los demás, es algo con que nace el hombre y tiene manifestaciones universales en la vida de los pueblos primitivos o civilizados, y es posible, así lo han sugerido Freud y Adler entre otros grandes psicólogos, que haya un motivo sexual de amor propio en este impulso.

Estudiada a una profundidad suficiente (millones de años) la vida se mueve y no solamente se mueve sino que avanza en determinado sentido. Hay un estadio anfibio del cerebro y un estadio réptil, y un estadio mamífero. Y en el interior de los mamíferos, vemos al cerebro agrandarse y complicarse con el tiempo, en los ungulados, en los carnívoros y sobre todo en los primates. La biología ha llegado a fijar las etapas sucesivamente atravesadas por los grupos animales en el curso de su evolución.

Fue el hombre, con su *cultura* quien introdujo el arte y la artificialidad en el mundo; todos los cambios que la actividad del hombre ha producido pertenecen al reino artificial de lo superorgánico; todo cuanto existía en el mundo antes de que el hombre —portador y creador de culturas— arribara, pertenece al reino de la naturaleza: de lo orgánico o inorgánico.

Con la cultura aparece, pues, la evolución de la mente o el espíritu, como mecanismo de la evolución. Al alcanzar, cada vez, más altos niveles de conciencia, de su propia naturaleza y de su propio destino, el hombre entra en posesión de su naturaleza civilizada, el hombre establece las bases de su propia libertad cultural, con su auto-dominio y su auto-determinación. El mandato Socrático: *conócete a ti mismo*, es una condición filosófica o epistemológica de la auto-realización del hombre en cuanto *hombre*, en cuanto ser espiritual.

Por medio de la cultura —que es el mecanismo super-orgánico de la evolución y la hominización de nuestra especie— debe domesticar el hombre sus instintos. La naturaleza artificial y sublimatoria de las formas culturales fue ya comprendida por Sigmund Freud y de ello nos habla extensamente en su conocida obra *El malestar en la cultura*. La antropología, el estudio del hombre y de sus obras, es tal vez el mejor instrumento todavía encontrado para convertir al animal humano en un ser consciente de sí mismo, es decir, en una *persona* humana.

El hombre hereda su instinto gregario, su instinto de sociabilidad de sus antepasados los mamíferos superiores. Como entre ellos, en el hombre, la lucha, la guerra, la fuerza, el terror y la propaganda han sido los instrumentos de la unificación política o inter-tribal, en el pasado. Incluso en su relación consigo mismo el hombre puede ser en ocasiones su peor enemigo. Véase como comprobación el libro de Karl Menninger *El hombre contra sí mismo*, para que se tenga un inventario de la variedad de modos y formas en que el hombre puede emplear su energía auto-destructivamente.

No obstante, los animales sociales tienen como el hombre natural totémico, una doble mentalidad —una parte de ella es blanda, suave

y social para uso doméstico o intra-grupal; la otra tosca, fiera y cruel para uso extra-grupal, para confrontar la lucha de la supervivencia del grupo frente a otros grupos totémicos. En los tiempos modernos la nación y sus símbolos, se ha convertido en la unidad evolutiva de los procesos del universo. En esta lucha, como demuestra la ideología de la Alemania Nazi durante la Segunda Guerra Mundial los métodos más crueles, están justificados ante los ojos de estadistas y aún filósofos (Hitler, Nietzsche, para sólo hablar de casos muy notorios) si el propósito final del grupo tiene éxito. Más aún, todos los recursos de control social de la vida comunitaria, tribal o nacional, favorecen generalmente el tradicionalismo, el conservatismo, y la conservación de la moral del grupo, de la moral totémica.

Para Darwin la naturaleza ética del hombre, hace del animal humano un animal social. La evolución del hombre, según su concepto, es una lucha intercomunitaria: equipo social contra equipo social, tribu contra tribu y nación contra nación.

En los tiempos remotos de la prehistoria, el hombre tenía una mentalidad etnocéntrica, tribal o totémica, puesto que la separación original de la humanidad en grupos soberanos —grupos totémicos (tribus o naciones)— fue una parte esencial de la máquina y proceso de la evolución.

El mecanismo tradicional usado por el grupo para someter al individuo a su imperio es la opresión del super-ego, de la opinión pública internalizada, que puede producir en la persona común agudos conflictos de conciencia y complejos de culpa poderosos. Oponerse el hombre a la opinión pública, cuando sólo cuenta con la fuerza de su débil ego, puede provocar un sentimiento de culpa auto-destrutivo. Tan fuerte es el poder original del sentimiento de vanidad en el hombre, que sin la aprobación del grupo pocos hombres pueden mantener su integridad. Parece, pues, haber un límite a la inseguridad que el hombre puede tolerar por un tiempo más o menos prolongado.

Dada la natural vanidad del ser humano, el rechazo por el grupo produce la tensión de la culpa —tensión auto-destructora— en la persona rechazada, y el individuo común no puede vivir una vida sana y normal sin la aprobación de su conciencia moral. Sólo entendiendo que la moral totémica o etnocéntrica representa un estadio inferior a la moral post-totémica o universal, e identificándose con esta última en su lucha para liberar al hombre en cuanto *hombre* le será posible al individuo tolerar el abuso y el rechazo, aún la muerte, sin que se vea quebrantada su integridad afectiva. Solamente cuando el ego tiene el apoyo de un super-ego aprobador —dada la naturaleza social y el instinto gregario— puede el individuo mantener su integridad bajo

el impacto del rechazo de su grupo. Puede que el grupo totémico rechace al ego, pero si ese ego tiene el apoyo de un super-ego post-totémico o universal podrá resistir el rechazo sin sentir los estragos de una culpa aniquilante. Un super-ego totémico justificará la guerra. Eso ha sido lo normal en la evolución cultural del hombre totémico. Por el contrario, un super-ego post-totémico justificará la objeción de la conciencia a todo intento del uso de la violencia, hasta el punto de soportar el martirologio en aras de la ética post-totémica.

El super-ego post-totémico o universalista del hombre civilizado es algo super-orgánico, artificial o cultural y está en enconada lucha con la expresión de los impulsos fundamentales heredados en la naturaleza bio-psicológica del hombre, incluyendo su instinto gregario en su manifestación tribal o totémica.

El gran filósofo y economista inglés Adam Smith, consideraba ya a la moral humana —un producto super-orgánico— como parte de la maquinaria del universo para asegurar el perfeccionamiento y evolución del hombre. Pero como bien ha visto el antropólogo norteamericano Franz Boas, la evolución ética del hombre ha sido de una conciencia cerrada y comunitaria, hacia una conciencia abierta y universal, es decir, para usar los términos que yo prefiero, de una conciencia moral totémica a una conciencia moral post-totémica.

¿Por qué las tribus del hombre repelen todo pensamiento de amalgamación y valoran por sobre todas las cosas la independencia, el control de su destino grupal, la soberanía? El ego humano necesita el apoyo del super-ego. Y el super-ego original del hombre dado su instinto gregario es totémico, grupal, etnocéntrico. La mentalidad totémica, etno-céntrica del hombre es una etapa de la evolución de la cultura, aún no superada por el hombre común. El nacionalismo y sus símbolos y distinciones, es todavía una experiencia del común de la humanidad. Sólo un puñado de hombres —en la historia de nuestra especie— han podido cobrar conciencia del valor de supervivencia para la especie, de una moral post-totémica y universal.

Hasta ahora los poderes innatos del sub-consciente han sido para la mayoría de los hombres los gobernantes del destino humano. Es necesario, pues, romper el poder avasallante del super-ego totémico o tribal en la conciencia del hombre, si hemos de liberar al hombre para que reconozca en todo semejante un ser digno de ser amado en iguales términos a los que él aplica a sí mismo. Los ideales del super-ego, motivado por un ideal universalista y post-totémico deben imperar sobre los impulsos fundamentales movidos por valores etnocéntricos. Del hombre natural y socio-céntrico, el hombre ha de convertirse en hombre civilizado. *El salto dialéctico a lo humano im-*

plica la auto-renunciación consciente de nuestros impulsos fundamentales —de naturaleza egocéntrica y etnocéntrica— en aras de un ideal humano, post-totémico y universal. Esto implica un saber consciente de nuestro camino evolutivo y la superación de nuestra condición original por una conciencia más alta de nuestra esencia super-orgánica, civilizada, o post-totémica.

Si producimos en nuestra conciencia un universalismo moral —super-orgánico— destruimos el esquema natural de la evolución pre-consciente en aras de un salto evolutivo. Las fuerzas superorgánicas o culturales del hombre tendrán entonces primacía como mecanismo determinante del destino humano. La utopía post-totémica —y explicaré lo que esto significa en las próximas páginas— exige no sólo un nuevo orden de gobierno, sino una nueva mentalidad, una mentalidad post-totémica consciente, en la que los impulsos fundamentales de orden bio-psicológico han sido domesticados y sometidos al imperio de una voluntad y una razón humana y superorgánica: civilizada.

Hemos dicho que la naturaleza humana es un producto de la evolución del hombre. A través de una larga etapa de su evolución el hombre ha vivido segregado en comunidades locales, tribus o naciones. Sólo hacia el tercer milenio A.C. la *Era de las Civilizaciones* tuvo su comienzo. Allí se vio la prístina condición cultural del hombre civilizado, como veremos más adelante.

Los antropólogos estamos altamente conscientes de que el hombre es capaz de transmitir los resultados de su experiencia, sus conocimientos y sus ideas, acumulativamente, de generación en generación. La cultura, el mundo super-orgánico —la ética, o conjunto de normas de lo aprobado o desaprobado socialmente— es parte de los mecanismos de la evolución del hombre en un sentido en que ningún otro ser vivo alcanza. El hombre, y tiene en esto razón el naturalista inglés Waddington es un animal ético.

La civilización es una educación, una auto-domesticación, y es necesario disminuir la libertad bio-psicológica de los que se domestican en aras de unos principios culturales o super orgánicos, que se fundan en la auto-limitación por la conciencia moral ilustrada. Como ha dicho Albert Einstein: "el destino de la raza humana depende hoy más que nunca de su fuerza moral. El camino al estado de alegría y felicidad es en todas partes a través de la renunciación y la auto-limitación", *no hay moral universal sino para y por la conciencia, para el pensamiento reflexivo que toma posición antes de obrar.*

Aprender es tomar en cuenta las enseñanzas del pasado. Como tan acertadamente ha dicho el médico y pensador español Pedro Lain Entralgo: "el sabio acoge saberes heredados."

En un punto parecen tener cierta razón los pesimistas. No es fácil lograr que el hombre aprenda las lecciones del pasado, y es probable que la vida y sus procesos se tornen en un galimatías sin sentido. Pero la posibilidad existe de que el hombre llegue a conocerse y auto-gobernarse *como hombre*, pues, el hombre tiene la posibilidad de aprender y de tomar conciencia de sí mismo.

Si la evolución como proceso universal tiene un propósito, todo cuanto favorezca a ese propósito será bueno y viceversa. Pero sobre este punto los antropólogos y biólogos no están de acuerdo. Para Julian Huxley la aparición del hombre, ser moral, es un accidente. Para Teilhard de Chardin es el producto deliberado de una voluntad e inteligencia divinas.

Dice Huxley, el gran biólogo inglés sobre la evolución y los propósitos: "el propósito manifestado por la evolución, en la adaptación, especialización, o el progreso biológico, es sólo un propósito aparente. Es tanto un producto de causas ciegas como la caída de una piedra o la subida y bajada de las mareas. Somos nosotros quienes hemos imputado un propósito a la evolución, así como los primeros hombres proyectaron una voluntad y un sentimiento sobre fenómenos inorgánicos como las tempestades o los terremotos. Si deseamos trabajar hacia un propósito para el futuro del hombre deberemos formular ese propósito nosotros mismos. Los propósitos en la vida humana se hacen, no se encuentran."

No obstante, como bien puede constatarse con un mínimo de esfuerzo y estudio, la única dirección constante seguida por la evolución biológica ha sido la progresión hacia un cerebro cada vez mayor, es decir, en conjunto, hacia una mayor consciencia. Como decía Aristóteles y como aprobaría el gran evolucionista Teilhard de Chardin: "aún en los animales inferiores hay un principio natural de "bondad" sobre ellos que los lleva a procurarse el bien propio".

Tal vez sea posible armonizar estos dos puntos de vista. Pues si la ciencia establece y analiza hechos la moral determina valores. La moral —ya hemos visto— es distinta de la ciencia de las costumbres; reposa sobre la consciencia y procede de la psicología individual y colectiva y de la filosofía. Es la dualidad de nuestra naturaleza humana, lo que ha hecho que haya tal diversidad de opiniones sobre la naturaleza humana.

El hombre moderno constantemente opone las verdades de la ciencia a las de la filosofía y de la teología y viceversa, creándose así su propia cárcel conceptual e incapacidad para una comprensión total del hombre. El hombre se convierte así en contrincante del hombre, en nombre de una visión parcializada de su compleja naturaleza.

Como ya se ha dicho: "El respeto que inspira la ciencia natural en esta edad nuestra, indujo a los estudiosos de otras disciplinas, en su afán de obtener resultados igualmente notables y un prestigio similar, a emplear el método científico en disciplinas para lo que no es apropiado. Así tenemos hoy una psiquiatría y una antropología naturales, pero carecemos fundamentalmente de una psiquiatría y una antropología filosófica, y mucho menos nos hemos ocupado de promover una psiquiatría o una antropología finalista: teleológica, capaz de decirnos lo que ansiamos saber sobre *El Porvenir del Hombre*."

El pensador integral consciente sabe que las bases o fundamentos de la ciencia son epistemológicos: mientras que las bases de la filosofía y la fe, son ontológicos. Esto quiere decir, que mientras la ciencia tiene una fundamentación objetiva, la filosofía tiene una fundamentación subjetiva que descansa en última instancia en la visión integral del mundo y de la vida que aceptamos. Una filosofía de la vida que sea operativa exige descubrir aquellos firmes valores, desde los cuales el hombre reconoce la altura de su propia conciencia.

El crecimiento de la conciencia humana, a niveles cada vez más altos de conceptualización y conocimiento, es como ha señalado en su antropología integral, el gran sabio francés Teilhard de Chardin, el camino que toma en el nivel histórico, la evolución de la comunidad del hombre: y esto nos lleva al reconocimiento de dos leyes básicas de la experiencia humana: el hecho de que el desarrollo progresivo de la especie humana supone el reconocimiento de la meta hacia la que todo marcha: la meta de una creciente *personalización*, y la meta de una creciente *socialización*.

La psiquiatría y la antropología tienen por tratar del hombre distintos niveles de integración discursiva: el natural o epistemológico; el filosófico u ontológico y el teológico o teleológico, el de la naturaleza finalista de la realidad, que ofrece al hombre los fundamentos del existir y el esperar.

Incluso el método de la ciencia y el método de la filosofía son distintos: si el método científico trata de las cosas atinentes al laboratorio; el método dialéctico trata de las cosas atinentes a la vida. Si el primero nos lleva a la búsqueda del conocimiento el segundo nos lleva a la búsqueda de la sabiduría. Y así, al reconocer distintos niveles del saber humano, advertimos con interés, pero sin sorpresa, que el método científico no es el método que nos ha permitido saber la mayoría de las cosas que han permitido al hombre tener esperanza y ofrecer soluciones prácticas a sus problemas. Esas cosas ya las sabían los hombres antes de contar con el método científico y llegaron a

saberlas por el método dialéctico (el diálogo) que les era familiar antes de que se empleara corrientemente la investigación científica.

La unidad del conocimiento y la sabiduría sobre la vida del hombre, nos exige algo más que una mera acumulación de datos. No hay verdadera ciencia del hombre sin teoría. Así como no hay verdadera sabiduría sin un planteamiento del problema de los valores y de la naturaleza finalista de la realidad.

¿Puede la ciencia proveer al hombre con un sistema de ética? La ciencia debe decir al hombre cuán ha sido la ruta del proceso evolutivo, para proveerle con las señales que puede esperar en su futuro. Pero sólo la moral, que es sentimiento social, sentimiento civilizado, puede decirle al hombre por qué debe conducirse de cierta manera en lugar de otra.

Ciencia y religión, immanencia y trascendencia, no son realidades contradictorias sino complementarias. El desarraigo y la deshumanización que tantos estragos producen en la vida del hombre moderno han resultado fatalmente de la oposición de ciencia y religión.

El hombre debe desplegar sin cesar su inteligencia científica, filosófica y teológica, en un esfuerzo por evitar la destrucción de la humanidad y por lograr el advenimiento de un hombre plenamente desarrollado, dada sus potencialidades espirituales e intelectuales.

El profesor Albert Einstein recordémoslo aquí ha dicho: "en esta materialista época nuestra, los hombres de ciencia serios son las únicas personas profundamente religiosas". Y según Einstein: "el destino de la raza humana depende hoy más que nunca de su fuerza moral". Como dice el antropólogo Frans Boas: "si queremos educar para la libertad tenemos que mostrar aquellas vidas ejemplares que nos mueven a seguirlos con su serena majestad y grandeza".

Admitir pues, que la educación es uno de los factores de la evolución es afirmar una sucesión natural cuyo sentido puede reconocerse. Entonces se hace evidente una figura: la de una humanidad gradualmente adquiriendo conciencia de su historia y evolución, de su ambiente natural y de los secretos de su alma.

El espíritu consciente es inteligencia, capacidad para aprender del pasado las lecciones que éste nos brinda, dominio no sólo del mundo externo, que no basta, sino de nuestro propio mundo interior, que debe ser hallado en su estadio civilizado —post-totémico y universal— como han visto los hombres decisivos que en el *tiempo-eje* —así llamado por el filósofo Jaspers— dieron el salto de conciencia necesario del hombre y la moral totémica, al hombre y la moral post-totétima.

La gran superioridad que hemos adquirido los hombres civilizados con respecto al hombre primitivo y que nuestros descendientes acen-

tuarán en proporciones acaso insospechadas es la de un mejor conocimiento en el espacio y en el tiempo, hasta el punto que hemos llegado a ser conscientes de nuestras conexiones y de nuestra responsabilidad universales. La civilización busca superar todos aquellos instintos primitivos o impulsos fundamentales de naturaleza bio-psicológica que formaron la base o maquinaria de su evolución en épocas pasadas.

Nuestro éxito en la vida depende en gran medida de nuestra habilidad para reconocer y evaluar nuestras capacidades innatas, así como nuestras limitaciones; para sacar provecho de las primeras y compensar moralmente las segundas.

La antropología entre todas las ciencias modernas se ha caracterizado por su profunda adhesión al concepto de la evolución. Esto es así, porque dado el estado actual de las investigaciones científicas es evidente que el mundo es el resultado de un movimiento en la dimensión temporal.

Sea que se considere la posición de las capas rocosas que envuelven la Tierra, o la agrupación de las formas vivas que la pueblan, o la variedad de culturas y civilizaciones que comparten su dominio, o la estructura de las lenguas que en ellas se hablan, se impone siempre la misma conclusión: en cada *ser* se recoge un pasado— nada es comprensible más que por su historia.

Hasta llegar al hombre puede decirse que la selección natural o biológica era la que tenía la dirección suprema en materia de morfogénesis y de cerebración —mientras que a partir del hombre, son las fuerzas de la invención —fuerzas super-orgánicas— las que han empezado a tomar en sus manos las riendas de la evolución.

La evolución de la cultura humana tiene un largo pasado en la historia natural de las especies y la comprensión de sus raíces y motivaciones básicas exige un conocimiento de todo el proceso de la evolución orgánica de la cual procede. Dentro de la misma evolución cultural del hombre, se han producido varios cambios mayores (llamadas *Revoluciones* de la pre-historia y la historia) que han sido comprobadas por la más rigurosa evidencia empírica. Estas son: (1) la Revolución Neolítica, representada por la domesticación de plantas y animales, alrededor del año 7 mil antes de Cristo; (2) la Revolución Urbana, centrada en la escritura, la metalurgia, la urbanización, y la concentración de las estructuras políticas, alrededor del año 3 mil antes de Cristo; (3) la Edad Axial o la Revolución Ontológica, cuando las grandes religiones del mundo fueron organizadas institucional y doctrinalmente hacia el siglo sexto antes de Cristo; (4) la Revolución Comercial de los siglos XI al XV de nuestra era seguida por la expansión ultramarina de Europa; (5) la Revolución

Científica; que tiene sus comienzos en el siglo XVI y se acelera durante las varias fases de la Revolución Industrial y que hasta la fecha culmina en la Era Atómica y Espacial del siglo XX.

Estas Revoluciones han representado de una parte, grandes progresos en el afán del hombre por entender y controlar su mundo exterior; y de otra, tomas de conciencia, que buscan establecer en la persona humana un entendimiento y un auto dominio de su mundo interior. Comenzando en lugares específicos del mundo, o centrada en conciencias personales su radio de acción cultural se ha ampliado por la acción de una creciente difusión cultural.

Como demuestra el filósofo Karl Jaspers en su libro *Origen y meta de la historia*, del cual es lógica secuela y conclusión posible su obra: *Los grandes filósofos: los hombres decisivos Sócrates, Buda, Confucio y Jesús*, sólo en la conciencia de los grandes maestros de religión y de moral se ha dado plena la comprensión de que la ética de servicio —por contraposición a la ética del poder— es la única ruptura con la naturaleza predatoria de los instintos bio-psicológicos, al mismo tiempo que ofrece satisfacción completa aunque espiritualizada a dichos instintos.

Estos grandes pensadores toman conciencia de un hecho: las relaciones continuas entre individuos no pueden desarrollarse sino cuando el egoísmo brutal ha sido dominado. Por eso la Edad de Oro del género humano no está —como advertía Saint-Simón— detrás de nosotros; está delante: y llegaremos a ella integrando en nosotros la humanidad y la conciencia civilizada, cultivando, desarrollando completamente nuestra naturaleza en el sentido intelectual, elevándonos moralmente.

Por ello es necesario darse cuenta de que no hay formación humana sin sociedad y no hay sociedad posible sin una moral. La moral es el conjunto de reglas que definen lo aprobado o lo desaprobado por el grupo. En sus comienzos la moral se definía con referencia cerrada a cada grupo o círculo de cultura separado (Etapa totémica). Sólo en la Edad Axial, como demuestra Jaspers, los grandes maestros de moral definen los principios de una moral válida universalmente y el hombre toma conciencia de sí mismo como *hombre* (Etapa post-totémica). La sociedad progresa así por efecto de una extensión creciente de sus sentimientos simpáticos; por extensión de su comunión afectiva y espiritual con sus semejantes.

Desde una perspectiva antropológica es en los grandes maestros de religión y de moral que debemos buscar la perspectiva de un propósito para la cordura humana universal. En esencia todos ellos contraponen la ética del poder y la vanidad a la ética del servicio a la

humanidad. Tal vez no sea tarde para que el hombre advierta el sentido y profunda sabiduría de esa enseñanza.

En diversas regiones y en varios períodos de la historia del mundo el problema de la relación del hombre con su totalidad bio-psicológica y cultural ha sido resuelto por hombres y mujeres individuales. Aún cuando hablaron o escribieron estos individuos rehusaron crear sistemas cerrados... Buda, por ejemplo, nunca predicó la verdad, consciente como estaba de que uno tenía que darse internamente cuenta de ella. Sócrates acuñó el famoso *Gnothi seauton*. Confucio enseñaba que reinar es servir y Jesús enseñaba que sólo el amor es fecundo.

La perspectiva antropológica como ha dicho el profesor Franz Boas nos enseña que: "en un examen general de las normas morales de la humanidad vemos, que con el aumento en civilización se produce un cambio gradual en las valoraciones de los hombres y a partir de dicha situación original de egoísmo y etnocentrismo las obligaciones altruistas son idealmente validadas según es mayor el círculo de la civilización". Un camino, pues, de acceso a la cordura y la prudencia que han preconizado filósofos y reformadores de todas las religiones del mundo, por encima de diferencias metafísicas, ha sido el elevarse más allá de la naturaleza bio-psicológica primaria, y encauzar, interpretar y transferir los impulsos fundamentales (como el hambre, el sexo, el poder o la vanidad) en términos de una ética de servicio y no de una ética de poder. Lo civilizado de acuerdo con esta norma cultural consciente, es servir y no ser servido.

En la filosofía de Carl Jung, el famoso oponente de Freud en psicoanálisis: el hombre se totaliza, integra, calma, se hace fértil y feliz cuando (y sólo entonces) se completa el proceso de individuación, cuando el consciente y el inconsciente han aprendido a vivir en paz y a completarse recíprocamente. Esto, la experiencia antropológica parece confirmarlo, sólo se logra a través de una ética de renunciación, de auto limitación y de servicio. Frente a la voluntad de poder de Federico Nietzsche, o la política de poder de Maquiavelo, desprovista de conciencia moral, los grandes maestros afirman la primacía de lo moral. Como enseñaba Jesús: "quien aspirara a ser mayor entre vosotros sea vuestro criado. Y el que quisiera ser entre vosotros el primero, será vuestro siervo".

Buda, comenzó su apostolado en la India, hacia el siglo VI antes de la Era Cristiana, apostolado que había de terminar por la conversión de cuatrocientos a quinientos millones de hombres y por la humanización radical de pueblos particularmente crueles como los mongoles y los tibetanos.

Su propósito al enseñar, como en el caso de Jesús, fue inducir a

la gente a diagnosticar y a curar sus propios males. Sólo el dominio de nuestros impulsos fundamentales (hambre, sexo, poder y vanidad) y el uso creador de los mismos al servicio de la causa del humanismo integral, nos aquieta y nos ofrece razón suficiente a nuestra existencia y su misterio. Como dice Teilhard de Chardin: "la idea de un posible despertar de nuestra conciencia a alguna superconciencia civilizada se afirma cada vez más como mejor fundada científicamente en la experiencia, y como psicológicamente más necesaria, para el mantenimiento en el hombre del gusto por la acción; sino que impulsada lógicamente al cabo de sí misma, esta idea aparece como la única capaz de preparar el gran acontecimiento que esperamos: el descubrimiento de un gesto sintético de adoración en el que se alían y se exaltan mutuamente un deseo apasionado de conquistar el mundo y un deseo apasionado de unirnos al Creador, el acto vital específicamente nuevo correspondiente a una Edad Nueva de la Tierra".

"Estoy convencido —dice el gran antropólogo Teilhard de Chardin— de que la humanidad hoy dividida, habrá de encontrarse y podrá reformarse finalmente sobre la idea del progreso y sobre la Fe en el progreso".

Ser civilizado, es haber alcanzado conciencia de la necesidad de trabajar por dicha plenitud. Por eso tiene razón Teilhard de Chardin cuando dice: "ser más es ante todo, saber más."